

vista de la señora de Malouet. Creí que debía hacerla una confidencia. Ella la recibió con profunda tristeza, pero sin sorpresa alguna.

—Esperaba—me dijo—algo por el estilo... he pasado la noche en vela... creo que ha obrado usted como un hombre prudente y de honor. Sin embargo, vuestro comportamiento ha sido duro. La vida tiene de detestable que crea caracteres y pasiones falsos, situaciones imprevisas que complican la práctica del deber y oscurecen la vía del derecho... y ahora quiere usted marcharse, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Sea, pero quédese usted aún dos ó tres días. Marchándose ahora daría á su partida apariencias de fuga, que, después de lo ocurrido, tendría tanto de ridículo como de injurioso. Es un sacrificio que le pido. Hoy debemos comer todos en casa de la señora de Breuilly: yo me encargo de excusarle. De este modo tendrá que hacer esta violencia menos. Mañana haremos lo que nos parezca mejor. Pasado mañana puede usted partir.

He aceptado la proposición. Hasta muy pronto, querido Pablo... Me veo solo y abandonado y tengo necesidad de estrechar tu mano leal y oír que me dices: ¡Has obrado bien!

VIII

10 Octubre. Del Rosel.

He vuelto á mi celda, amigo mío... ¿por qué la dejé? Nunca hombre alguno ha sentido golpear entre estas frías paredes un corazón más turbado que mi miserable corazón. ¡Ah! ¡no quiere maldecir nuestra pobre raza, nuestra prudencia, nuestra moral, nuestra filosofía humanas! ¿Acaso no es esto lo único noble y bueno que nos queda? ¡Pero, Dios mío, qué poco es todo esto!

Escucha un triste relato:

Ayer, gracias á la señora de Malouet, quedé solo en el castillo; todo el día estuve tranquilo, todo lo tranquilo que yo puedo estar. A media noche oí regresar los coches, y al cabo de un momento habia cesado el ruido. Debían de ser las tres de la madrugada cuando fui sacado del aletargamiento febril, que ha sustituido en mí al sueño, por el ruido muy próximo de una puerta que parecia abrirse ó cerrarse con precaución. No sé por qué extraña y súbita concatenación de ideas, un incidente tan ordinario llamó mi atención y agitó mi espíritu. Me alcé bruscamente del sillón en que dormitaba y me

aproximé á un balcón: ví claramente un hombre que se alejaba con precaución hacia la alameda. Me fué fácil deducir que la puerta que se había abierto era la que da acceso al ala del castillo, contigua á la biblioteca. Esta parte de la habitación contiene varios apartamientos dedicados á los huéspedes de paso; sabía que estaban todos vacíos aquella noche, á no ser que la señora de Palma, como con frecuencia ocurría, hubiera ocupado el pabellón que siempre se le destinaba.

Adivinarás el extraño pensamiento que cruzó por mi cerebro. Pronto lo deseché como una espantosa locura, pero volvía con insistencia á atormentarme y acabé por acogerlo con una especie de irónico cinismo.

La primera claridad del alba me sorprendió entregado á estas angustias mentales, evocando mis recuerdos, examinando puerilmente las circunstancias más minuciosas que podían servir para confirmar y destruir mis sospechas.

Al cabo de dos horas me ví más dueño de mi razón. No pude dudar de que había visto al hombre que caminaba con precaución; pero me pareció que había interpretado locamente mi visión y que mi espíritu enfermo había dado al hecho la explicación menos verosímil. Suponiendo que mis presentimientos pudieran ser justificados, tenía motivos para sentir el alma profundamente entristecida ante un testimonio

tan doloroso y tan imprudente de la perversidad del corazón femenino; pero, en realidad, había perdido el derecho de mostrarme ofendido: el más vulgar sentimiento de dignidad me forzaba á ser indiferente, al menos en apariencia. Si cabía en lo posible que se hubiera buscado contra mí una venganza de tal naturaleza, no se adivinaria en mi rostro el efecto con ella logrado. En cuanto á mi sufrimiento, me consolaba pensando que mi partida y mi alejamiento lo desvanecería rápidamente.

Sali de mi habitación á las diez y media, según costumbre.

La señora de Palma estaba en el salón: era, por tanto, indudable que había pasado la noche en el castillo. Sin embargo, me bastó con verla para que diere por infundadas hasta las sombras de mis sospechas.

Hablaba tranquilamente en el centro de un grupo. Me saludó con su dulce sonrisa habitual. Me sentí aliviado de un peso inmenso. Nunca mi corazón había rendido á aquella mujer un homenaje más tierno y más sincero.

La tarde debía ser consagrada á un paseo á caballo por la orilla del mar.

En la efusión de corazón que sucedía á la ansiedad de la noche, cedi gustoso á las intancias del señor de Malouet que, con pretexto de mi próxima partida, se obstinaba en que formara parte en esta excursión.

La cabalgata formada, según costumbre, por la gente joven que visitaba el castillo, se puso en marcha á las dos de la tarde.

Caminamos alegremente durante algunos minutos, y no era yo el menos jovial, cuando la señora de Palma vino súbitamente á colocarse á mi lado.

—He cometido una falta—me dijo;—he cumplido mi palabra... sufro mucho.

La miré: la expresión inefable de su rostro me llenó de espanto.

—Sí—añadió con voz cuyo acento no olvidaré jamás,—usted lo ha querido... soy una mujer perdida.

Seguidamente espolé á su caballo y se alejó dejándome aterrado bajo este golpe, tanto más sensible porque yo habia dejado de tener miedo y se me descargaba con un refinamiento que no habia podido prever.

No habia habido, en efecto, en la voz de la desgraciada mujer, ni un asomo de insolencia: era la voz de una desesperada, un grito de dolor sincero y de tímido reproche, cuanto se podía añadir á mi alma para completar su tortura.

Cuando me encontré con fuerzas para mirar á mi alrededor, quedé asombrado de mi ceguera.

Entre los cortejadores más asiduos de la señora de Palma, figuraba un señor de Mauterne, cuyo alejamiento de mí, aunque contenido en

los límites de la cortesía, revestía un carácter casi hostil.

El señor de Mauterne es un hombre de mi edad, robusto, rubio, de elegancia más sólida que distinguida, de belleza regular, pero algo presuntuosa. Conoce el mundo, pero carece en absoluto de ingenio. Su aspecto y su conducta, desde que comenzó este fatal paseo, me hubieran llamado la atención si yo hubiera podido pensar que se creía con derecho á no tolerar en adelante ninguna rivalidad respecto á la señora de Palma.

Tomaba resueltamente el primer papel en todas las escenas en que se hallaba mezclada; la colmaba de cuidados con petulancia manifiesta: procuraba hablarla en voz baja y no desperdiciaba ocasión para ponernos á todos al corriente del secreto de su favor.

No podré decirte, amigo mío, el caos de emociones y pensamientos que se confundían en mí. El sentimiento que me dominaba con mayor violencia, sin duda, era el de mi odio contra este hombre, un odio implacable, un odio eterno.

Yo estaba más disgustado que sorprendido de que la señora de Palma le hubiera elegido á él; era el primero que habia tenido á mano y le tomaba con una especie de indiferencia y de desdén, como se toma un arma suicida cuando el suicida está decidido.

Mis sentimientos respecto á ella los habrás adivinado, sin duda: ninguna apariencia de cólera, un afecto triste, compasión sincera, remordimiento vago, y dominando todo esto un disgusto apasionado, furioso.

Por fin sabía cuánto la había amado. Ya apenas tenían fuerza las razones que dos días antes se me antojaban tan fuertes, tan imperiosas, y que me parecía que levantaban entre ella y yo una barrera infranqueable.

Todos estos obstáculos del pasado desaparecían ante el abismo presente, que se me aparecía como el único real, el único imposible de salvar, el único que existía. ¡Cosa extraña! Yo veía claramente, con la misma claridad que se ve el sol, que el imposible, lo irreparable, estaba allí y no podía aceptarlo... no podía resignarme. Veía á esta mujer perdida por mi de modo tan irrevocable como si la tumba se hubiera cerrado bajo su féretro y no podía renunciar á ella.

Mi espíritu se perdía locamente en proyectos, en resoluciones; quería buscar querrela al señor de Mauterne, forzándole á batirse inmediatamente... Comprendía que le hubiera destrozado.

Después pensaba en huir con ella, hacerla mi esposa, tomarla deshonrada después de haberla rechazado pura... ¡Sí, he tenido este deseo de mente!

Para apartarle de mi pensamiento he tenido que repetirme cien veces que el pesar y la desesperación eran los únicos frutos posibles que podía dar esta unión de una mano infamada y de una mano sangrienta... ¡Ah, Pablo, cuánto he sufrido!

La señora del Palma dió, durante todo el paseo, pruebas de una excitación febril que trataba de disimular haciendo constantemente arriesgadas proezas de equitación.

Por intervalos llegaban á mis oídos sus carcajadas nerviosas, que á mi se me antojaban lamentos desgarradores.

Sólo una vez volvió á dirigirme la palabra en un momento que pasó á mi lado.

—Le causo horror, ¿verdad? —me dijo.

Moví la cabeza y bajé los ojos sin responder.

Volvimos al castillo poco después de las cuatro.

Subía á mi habitación, cuando un tumulto confuso de voces, gritos y pasos precipitados que resonaban en el vestíbulo, me helaron el corazón.

Bajé muy precipitadamente y traté de informarme.

Se me dijo que la señora de Palma sufría un violento ataque nervioso. Se la había llevado al salón.

Al acercarme oí la voz dulce y grave de la señora de Malouet, á la que se mezclaba una es-

pecie de quejido muy semejante á los lamentos de un niño enfermo.

Me alejé con celeridad de aquella puerta.

Estaba decidido á dejar sin pérdida de momento aquella casa donde se habia alojado la desgracia.

Nada tendria fuerza para retenerme allí un sólo segundo.

Tu carta, que se me entregó al regresar del paseo, me serviria para pretextar mi partida improvisada. Todos tienen ya conocimiento de la amistad que nos une: he dicho que me necesitabas antes de que pasaran veinticuatro horas.

A prevención de lo que pudiera ocurrir, habia tenido el cuidado, en los tres últimos dias, de hacer que viniera un coche de la aldea más próxima.

En pocos minutos terminé mis preparativos; ordené al cochero que fuera á esperarme al extremo de la alameda, mientras iba á despedirme.

Me parecia que el señor de Malouet no adivinaba la causa verdadera de mi viaje; el excelente anciano se enterneció visiblemente cuando yo le reagraciaba y me testimonió afecto singular, dada la brevedad de nuestras relaciones.

Casi otro tanto puedo decirte del señor de Breuilly. Hoy lamento haber trazado en otro tiempo la caricatura que te hice en vez del retrato de este noble corazón.

La señora de Malouet ha puesto empeño en acompañarme algunos pasos después de separarnos de su marido; sentia temblar el brazo que estrechaba el mio mientras me daba algunos encargos insignificantes para París.

En el momento en que nos separábamnos, y cuando yo estrechaba sus manos con efusión, me dijo dulcemente:

—Amigo mio, Dios no ha querido bendecir nuestra prudencia.

—Señora, nuestros corazones están abiertos para El y habrá visto la sinceridad con que hemos obrado... El ve mi sufrimiento y humildemente espero que me perdone.

—¡No lo dude... no lo dude usted!—añadió con acento entrecortado. Pero, ¿y ella?... ¡Ah, pobre joven!

—Tenga usted piedad de ella, señora. ¡No la abandone! ¡Adiós!

Me separé y partí; pero en lugar de dirigirme á la aldea, dije al cochero que me llevara por el camino de la abadía hasta la cima de las colinas; allí le ordené que se fuera solo y que volviera el día siguiente á buscarme en el mismo sitio.

Amigo mio, no puedo explicarte la tentación extraña é irresistible que me ha acometido de pasar una noche en esta soledad donde he sido tan feliz algunos dias.

Ya me tienes en mi celda.

Hoy me parece fría, sombría y triste. También el cielo está de duelo.

Desde que llegué á este país y, á pesar de la estación, sólo había visto días y noches de estío. Hoy un huracán glacial de otoño se ha desencadenado sobre el valle; el viento silba en las ruinas y arranca fragmentos que caen al suelo sordamente. Violenta lluvia azota los vidrios de mi ventana. Me parece que llueven lágrimas. ¡Lágrimas! ¡tengo lleno el corazón de ellas... y ni una sola quiere subir á mis ojos!

He rezado á Dios largamente, no á ese Dios insensible, á quien en vano buscamos más allá de las estrellas y de los mundos, sino al Dios que socorre á los afligidos, al Dios de mi infancia, al Dios de esa pobre mujer.

¡Ah! no quiero pensar más que en mi vuelta á tu lado. Hasta mañana, mi amigo, y tal vez llegue yo antes que esta carta.

¡Ven Pablo! Si puedes separarte de tu madre ven, te lo suplico, ven á ampararme. ¡Dios me hiere!

Escribía esta línea interrumpida, cuando en medio del ruido confuso de la tempestad me ha parecido oír una voz quejumbrosa, un lamento humano; he corrido á la ventana, he sacado el cuerpo para otear en las tinieblas y he visto sobre el suelo negro é inundado una forma vaga, una especie de envoltorio blancuzco. Al mismo

tiempo un gemido más perceptible ha llegado hasta mí, un vislumbre de la terrible verdad ha tra-pasado mi alma como una hoja puntiaguda.

He bajado afanoso á la puerta del molino; cerca del umbral he visto un caballo abandonado; llevaba silla de mujer.

He corrido hacia la otra fachada de las ruinas, y en la cerca que está situada bajo la ventana de mi celda y que conserva huellas del antiguo cementerio de los monjes, he visto á la infortunada.

Estaba allí, sentada sobre una vieja losa sepulcral, tiritando bajo el torrente de agua helada que un cielo implacable vertía incesantemente sobre su ligero traje de fiesta.

He tomado sus dos manos tratando de levantarla.

—¡Ah, desdichada! ¿Qué ha hecho usted? ¡Ah, desdichada!

—¡Sí, muy desdichada!—ha murmurado con voz débil como un suspiro.

—Se está usted matando.

—¡Mejor! ¡mejor!

—No puede usted estar aquí... Venga.

Entonces observé que no podía estar en pie.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios poderoso! ¿qué hacer?... ¿Qué quiere usted de mí?

—Nada—respondió.

Temblaba, y sus dientes castañeteaban. La

cogi en mis brazos y me la llevé. En estos momentos se toman rápidamente las decisiones.

No había medio imaginable para sacarla del valle, donde no pueden penetrar los coches.

Nada podía ya hacerse para salvar su honor; sólo podía preocuparme de su vida.

Subí con ligereza la escalera de mi celda y la deposité en un sillón, cerca de la chimenea, que me apresuré á encender.

Después desperté á los molineros. Dí á la mujer una explicación vaga y confusa que yo no sé si entendió; pero es mujer y tuvo piedad. Ella prestó á la señora de Palma los primeros cuidados.

El molinero partió en seguida á caballo llevando á la marquesa de Malouet esta carta que escribí:

«Señora:

Está aquí moribunda. En el nombre de Dios misericordioso, solicito vuestra ayuda... Venga usted á consolarla, venga á bendecir á esta desgraciada, que no puede ya esperar de usted en este mundo más que palabras de bondad y de perdón.

Diga usted á la señora de Pontbrian lo que juzgue necesario.»

La señora de Palma me habló. Volví la cabeza y la encontré sentada ante el fuego. No había consentido que se la colocara en el

lecho que se tenía preparado. Al verme—singular preocupación de mujer,—su primer pensamiento ha sido para llamar mi atención sobre el traje de aldeana con que se han substituido sus vestidos impregnados de agua y llenos de lodo.

Se ha puesto á reír enseñándome la tosca ropa; pero su risa se ha trocado rápidamente en convulsiones, que me ha costado gran trabajo calmar.

Me había colocado cerca de ella; tenía fiebre intensa y sus ojos brillaban siniestramente.

La supliqué que consintiera en tomar el reposo completo que á su estado convenía.

—¿Para qué?—me dijo.—No estoy enferma. Lo que me mata no es la fiebre; no es el frío, es el pensamiento que arde aquí (se golpeó la frente); es la vergüenza, vuestro desprecio, vuestro odio, bien merecidos ahora.

Mi corazón ha estallado, Pablo; la he confesado toda mi pasión, mis tormentos, mis remordimientos.

He cubierto de besos sus manos temblorosas, su frente helada, sus cabellos húmedos... he vertido en su pobre alma destrozada cuanto el alma de un hombre puede contener de ternura, de piedad, de adoración; ha sabido que la amaba.

Me escuchaba con embeleso.

—Ahora—me ha dicho,—ahora es cuando no necesito consuelos. Nunca he sido tan dichosa.

Yo no merecía esto. No ambiciono nada más... ya nada me falta.

Quedó aletargada. Sus labios entreabiertos dibujaron una sonrisa pura; pero por intervalos tenía terribles estremecimientos y sus facciones se alteraban profundamente.

Te escribo mientras la velo.

La señora de Malouet acaba de llegar con su marido. ¡La había juzgado bien! Su voz y sus palabras han sido maternas.

Había tenido el cuidado de hacerse acompañar por su médico.

La enferma está acostada en un buen lecho, cuidada y querida.

Estoy más tranquilo, á pesar de que un delirio espantoso se le ha declarado al despertar.

La señora de Pontbrian se ha negado en absoluto á venir al lado de su sobrina.

¡También yo había juzgado bien á esta excelente cristiana!

Me he impuesto el deber de no poner el pie en la celda, que la señora de Malouet no deja un momento.

El temor que anuncia la cara del señor de Malouet me espanta, sin que sea parte á tranquilizarme su afirmación de que el médico no ha formado aún juicio definitivo.

El médico ha salido. He podido hablarle.

—Se trata—me ha dicho—de una pulmonía complicada con una fiebre cerebral.

—Eso es grave, ¿verdad?

—Muy grave.

—¿Pero el peligro es inmediato?

—Esta noche podré decirlo. Su estado es tan violento, que no puede prolongarse mucho. Es preciso que la crisis se atenúe ó que la naturaleza ceda.

—¿Tiene usted esperanza?

Ha mirado al cielo y se ha alejado.

No sé qué pasa en mí, Pablo amigo.

¡Todas estas emociones se repiten con tanta rapidez!

Cinco de la tarde.

Se ha mandado á toda prisa á buscar al sacerdote que he visto varias veces en el castillo. Es un amigo de la señora de Malouet, un anciano sencillez, todo caridad. Ha salido un instante de esta alcoba funesta y no he osado interrogarle.

Ignoro lo que sucede. Procuro no saberlo y, sin embargo, mi oído recoge afanoso los menores ruidos, los sonidos más insignificantes; una puerta que se cierra, un paso acelerado en la escalera, me llenan de terror.

Sin embargo... ¡tan pronto es imposible!

¡Pablo! ¡Amigo mío!... mi hermano, ¿dónde estás?... ¡todo ha acabado!

Hace una hora he visto bajar al médico y al sacerdote. El señor de Malouet les seguía.

—Suba usted—me ha dicho.—Vamos, valor, sea usted hombre.

He entrado en la celda: la señora de Malouet había quedado sola; estaba arrodillada cerca del lecho y me ha hecho una señal para que me aproximara.

He mirado á la que iba á dejar de sufrir.

Algunas horas habian bastado para marcar todas las huellas de la muerte en aquel rostro encantador; pero la vida y el pensamiento iluminaban todavía sus ojos: en seguida me reconoció.

—Caballero—me dijo.

Hizo una ligera pausa y añadió:

—Jorge, le he amado á usted. Perdóneme haber emponzoñado su vida con este triste recuerdo.

Caí de rodillas; quise hablar y no pude; mis lágrimas ardientes caían sobre su mano fría é inerte como el mármol.

—También usted, señora—agregó...—perdóneme el mal que la he hecho.

—Hija mía—dijo la anciana,—yo la bendigo con todo mi corazón.

Siguió un silencio, en medio del cual oí un suspiro profundo y entrecortado. ¡Ah! este sus-

piro supremo, este último gemido de mortal dolor, también lo oyó Dios y lo ha recogido.

—¡Sí! ¡lo ha oído!... ¡y también oye mi oración ardiente y desconsolada!... ¡necesito creerlo, amigo mío! Sí, para no ceder en este momento al impulso de la desesperación, es necesario que crea en un Dios que nos ama, que ve con ojo escrutador los desgarramientos de nuestras almas, que anudará de nuevo un día con su mano paternal los lazos rotos por la muerte cruel... ¡Ah! ante los despojos, sin vida, de un ser adorado, ¿qué corazón será bastante seco, qué cerebro bastante impío, para dudar, para no rechazar la afirmación odiosa que encierran estas palabras: «Dios, justicia, amor, inmortalidad, no son más que sílabas vacías de sentido».

¡Adiós, Pablo! Tú sabes lo que me resta por hacer. Si puedes venir, te espero; si no, amigo mío, espérame. Adiós.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO L. VILLAS"
1900 1905 ANIVERSARIO DE FUNDACION